

# FERROL, COBERTURA NAVAL DE LAS GUERRAS CARLISTAS

José CERVERA PERY

Coronel Auditor

Director de la Revista de Historia Naval

De todas las implicaciones conflictivas en las que la Marina se vio envuelta a lo largo del tumultoso siglo XIX, ninguna más dolorosa que la participación en las guerras carlistas. Dos bandos en liza y una sola bandera. Dos ejércitos apasionados y valientes. Pero dos ideologías que van a mostrarse inconciliables, a través de las circunstancias históricas enfrentadas. Pero lo cierto es que la Marina no estuvo dividida en dos mitades en las guerras carlistas, ya que casi toda permaneció isabelina. Y ello en parte porque la localización geográfica del conflicto no era la más adecuada para el contagio ideológico de las dotaciones de los buques. El menguado poder naval español estaba tan mermado y tan desparramado – Cuba, Filipinas, Puerto Rico y Guinea– que difícilmente suponía una acción directa, y, el emplazamiento de los departamentos marítimos, salvo el apostadero de Ferrol, lo alejaban de las zonas de fricción.

Los orígenes de las guerras carlistas van más allá de un simple pleito sucesorio. Por afinidades o simples concordancias ideológicas, a Don Carlos se adherieron todos los elementos más significativos del antiguo régimen; los apostólicos, los voluntarios realistas, las órdenes religiosas, buena parte del clero secular y casi totalmente la población de las provincias vascas y de Navarra que conforme a sus fueros disfrutaban de un amplio régimen de autonomía que esperaban mantener si triunfaba la monarquía absoluta con la que tan a gusto se encontraba el "Deseado" Fernando VII. Todos ellos por tanto constituían el núcleo fundamental del carlismo. En cambio los cristinos o isabelinos, el partido de la Reina Gobernadora a más de tener a su disposición el mecanismo organizado del Estado, que en una guerra civil es factor importante, contaban con el apoyo y aliento de las fuerzas liberales; los partidarios del constitucionalismo, y no poca burguesía ilustrada. Dentro del mapa patrio y sobre la discrepante sociología combatiente, los campos parecen definidos.

Aunque para algunos autores son tres las guerras carlistas, la realidad es que pueden concretarse a dos, pues la intentona de San Carlos de La Rápita en 1860, no deja de ser eso, una intentona que cuesta la vida a su principal impulsor y el general Ortega, y que hará salir por piernas al pretendiente, que de haber triunfado hubiese sido Carlos VI.

La primera por tanto, la que promueve la rebeldía de Carlos María Isidro, durará de 1833 a 1839, y termina en el llamado abrazo de Vergara; la segunda se enciende en 1872 –como una protesta contra el reinado de Don Amadeo, rey extranjero, se prolonga durante el desastroso período de la Primera República y no termina hasta ya restaurado Alfonso XII en 1876. En ambas confrontaciones,



Fernando VII, Óleo sobre lienzo atribuido a Vicente López Portaña. Museo Naval. Madrid, nº 2679.

Ferrol será una excelente cobertura logística, de las fuerzas gubernamentales, dado su privilegiado emplazamiento y las calidades de su arsenal, verdadera ciudadela fundada por Patiño, donde había buenos aprestos y un avanzado desarrollo industrial para la fabricación de jarcias, lonas (antes) motonería y toda clase de accesorios. De todas formas la marina isabelina precisó también de otras bases más avanzadas y cercanas al posible teatro de operaciones, y aquí hay que destacar el importante papel que desempeñó Vigo en la primera de las guerras carlistas y Santoña en la segunda. Aunque Ferrol seguía siendo la reserva más esencial para el afrontamiento de cualquier empresa de envergadura.

Las operaciones navales de la primera guerra carlista se concretan a la formación de una división naval para bloquear el ejército del Pretendiente que estaba en posesión de un sector cantábrico, y de una pequeña escuadra de observación en Vigo para estar al tanto de los acontecimientos de Portugal que podían tener un reflejo directo en los de España, apoyando de ser necesario, la causa de Doña María de la Gloria, versión portuguesa de Isabel II, frente a la de Don Miguel de Braganza, imagen lusa de D. Carlos María Isidro. Y alzadas las partidas que aclaman a Don Carlos como rey, principalmente en Navarra y Castilla, desde el comienzo de la guerra los carlistas que ocupaba casi toda la costa vasca, intentaron, si no la organización de una Marina, emplear los escasos medios con que pudieron contar, apoderándose de varias lanchas, trincaduras y otras embarcaciones de Bilbao y Portugalete, para organizar una columna de desembarco que se dirigió por mar a la bahía de Santoña ocupando Oriñón y amenazando Laredo y Castro Urdiales. Esto obligó al gobernador militar de Santoña, brigadier Aznar, a enviar todas las embarcaciones a la bahía de Santander.

La incorporación de Don Tomás Zumalacárregui – el mejor general de Don Carlos– y que asumió el mando supremo, revive las esperanzas carlistas tras el fusilamiento por los isabelinos de Don Santos Ladrón. Zumalacárregui había sido gobernador militar de Ferrol y sabía de la importancia de esta plaza, por lo que intensifica sus gestiones para la adquisición de pertrechos y armamento, contando con agentes en los principales puertos europeos, pues el material que entraba por los Pirineos, el que les proporcionaban las fábricas creadas en su territorio y el confiscado al enemigo, no era suficiente. De estos alijos muchos tuvieron éxito, pero otros fracasaron debido a la estrecha vigilancia a que estaba sometida la costa, por la Armada liberal facilitada por la cobertura ferrolana.

La División naval en Vigo fue disuelta sin duda prematuramente, por agobios económicos de sostenimiento, desarmándose en Ferrol los navíos *Guerrero* y *Soberano*, los bergantines *Guadalete* y *Manzanares* y enviándose a la costa cantábrica el bergantín *Guadiana* y la fragata *Lealtad*, aprestados en Ferrol, pero bien pronto se advirtió la necesidad de reforzar dicha fuerza y organizar otra para bloquear regiones donde existían partidas facciosas y contribuir a las operaciones del ejército, aunque si esto era fácil de proyectar, no resultaba lo mismo a la hora de ponerlo en práctica, dado el estado ruinoso en que continuaba encontrándose la Armada y con pocas esperanzas de mejorarla, pues los arsenales seguían abandonados, los diques a riesgo de perderse, los talleres sin trabajo por falta de materias

primas, y los almacenes casi vacíos. A pesar de todas estas dificultades se armaron la fragata *Perla* y el bergantín *Guadalete*, y con estos buques y las goletas *Mahonesa* y *María* traídas al Mediterráneo, se volvió a estacionar en Vigo otra fuerza naval que al mando del capitán de navío Don José del Río Eligio, tenía por misión la vigilancia de la costa norte de Portugal, país en el que continuaba Don Carlos.

Hubo cambio de planes cuando Don Carlos salió de Portugal a bordo del vapor inglés *Donega* que lo llevó a Inglaterra de donde escapó consiguiendo entrar en España y dar un fuerte impulso moral a sus partidarios. Abandonada la proyectada invasión a Portugal, fracasada en su intento de apresar al pretendiente, los dos bergantines *Guadalete* y *Guadiana* que daban al mando del comandante de Marina de Bilbao, brigadier Jacinto Romarate, marino distinguido como jefe de la fuerza naval del Río de la Plata durante la guerra de emancipación de la América hispana. Devuelto el *Guadalete* a Vigo, la *Santa María* debía sustituirlo en el bloqueo que se vio también reforzada con la incorporación de los buques que habían vigilado la costa de Algarve, mientras Don Carlos permaneció en Portugal. La importancia que iba adquiriendo la lucha en las costas del Mediterráneo, obligó a un nuevo refuerzo a los buques allí destacados que eran los bergantines *Jacinta* y *Realista*, junto a la goleta *Mahonesa*, formándose una nueva división cuyo mando obtuvo el comandante de Marina de Barcelona, brigadier Hurtado de Corbera.

La organización de la fuerza del bloqueo en la costa de Cantabria continúa progresando con los soportes de apoyo logístico que Ferrol proporciona, y en 1834 está constituida por los *Manzanares*, *Guadalete*, *Guadiana*, *Perla* y *Nueva María*, todos buques de la Real Armada, junto a la balandra *Atalaya* y otros buques del resguardo marítimo en régimen de incautación, amen de las lanchas y trincaduras de la Diputación vizcaína pues a ese extremo se tuvo que llegar, lo que produjo no pocos problemas en la Secretaría de Hacienda.

El brigadier don José María Chacón, otro de los héroes olvidados de los antiguos apostaderos de Ultramar, asumió en noviembre del citado año 1834, la jefatura del bloqueo, y logró ir armando varios buques fletados, para lo que utilizó cañones desembarcados de la *Perla* y otros de la *Lealtad* e incluso requisándolos de instalaciones de tierra y a fuerza de consultas, informes, órdenes y contraórdenes, se fueron alistando tales barcos. Poco había donde escoger, pero las deficiencias de material fueron compensadas como tantas veces por la eficiencia del personal.

La mas importante novedad de estas operaciones de bloqueo de la guerra carlista, la constituye el empleo de los primeros vapores con que la Marina contó. Consciente de los nuevos planteamientos estratégicos de los tiempos, se trató de construir en Ferrol un vapor del tamaño de una corbeta, pero al no ser posible por falta de conocimientos en este tipo de construcciones se solicitaron de Hacienda los créditos necesarios para la compra de dos vapores en Londres, que había de ser equipados más tarde en España. Podemos imaginar la serie de dificultades y complicaciones que dada la tónica de la época, supondría la



Don José María Chacon y Sarraoa, Teniente General de la Armada (1782-1848). Óleo sobre lienzo, anónimo. Museo Naval. Madrid, nº 4780.

adquisición en simple régimen de fletamento de los citados buques. Gestiones diplomáticas, anticipos a título personal, aceptaciones y rechazos y por fin la participación en las operaciones de los recién rebautizados *Isabel II*, conocido también como *Isabela, Reina Gobernadora* y *Maizepa* adquiridos para asegurar el bloqueo de los puertos y evitar el frecuente contrabando de armas. También surgieron complicaciones en los aspectos de mandos y adiestramiento del personal, y como siempre sucede en la utilización de nuevos mecanismos, hubo choques y divergencias, entre los que en el lenguaje de hoy responderían a conceptos de inmovilistas y reformistas. Pero esto es lo anecdótico y no lo substancial. Lo importante es que tras el ensayo, al mediar el siglo XIX ya contaba la flota nacional con una veintena de vapores de ruedas de dos a seis cañones cada uno.

No desconocía Zumalacárregui su crítica situación durante el primer sitio de Bilbao, operación cuyos resultados desfavorables habrían de tener fatales consecuencias para la guerra carlista. Conocedor de la importancia del bloqueo por sus contactos con la Marina durante su destino como gobernador militar de Ferrol, le preocupaba seriamente la presencia por sorpresa de los buques que sembrarían de proyectiles las filas de sus sufridos batallones. Se llevó a cabo el ataque y conquista del puerto de Pasajes, por las fuerzas navales del jefe de escuadra isabelino Don José Primo de Rivera, y más tarde el brigadier Cañas Trujillo con sus buques cooperó en la batalla de Luchana y levantamiento del sitio de Bilbao. Las tomas de San Sebastián, Lequeitio y Fuenterrabía fueron también apoyadas desde el mar. Y hombres de mar destacaron notablemente en acciones de tierra. El abrazo de Vergara en 1839, apenas afectó a la Marina que había permanecido en bloque en el campo gubernamental, aunque no pocos de sus hombres, por razones fácilmente comprensibles, mantuvieron sincera simpatía por la causa de Don Carlos, porque toda la política de los gobiernos liberales, durante los siete años que duran a la vez la regencia de María Cristina y la primera guerra civil, se haya condicionada por dos factores en íntima dependencia uno del otro; la guerra y la revolución. Ambos habrán de influir en el sentido de aceptación o rechazo en concepciones y mentalidades diferentes.

En 1872 se inició la segunda guerra carlista y en 1873 se proclama la primera república española. Ambos hechos acarrearán también implicaciones conflictivas en la Armada, pero nos centraremos en el tema. La segunda guerra carlista surge por la cesión de Don Juan de sus derechos al que va a nombrarse Carlos VII. Sus biógrafos nos lo presentan como un hombre joven, valiente, gallardo y apuesto con su barba negra. Realmente como dice Rafael G. Echeagaray, su figura captaba a la gente y se comprende así que la segunda guerra carlista fuese un movimiento hondamente popular y que arrastró las simpatías de una gran parte de la oficialidad del ejército y de la juventud ardorosa, sobre todo en determinadas regiones como las Vascongadas, Cataluña y Levante en donde quedaban vivos los recuerdos de los notables hechos de armas de la primera guerra carlista.

Si buscamos antecedentes, esta segunda guerra carlista, aunque la guerra caliente no se produce hasta 1872, tiene sus orígenes en 1868 y dura hasta 1876.



Vapor Isabel II 1833-1840). Óleo sobre lienzo de Antonio de Brugada, 1842. Museo Naval. Madrid, nº 711.

En 1868 desde Londres Carlos VII había lanzado una proclama a sus partidarios y anunció su programa político. En verano de 1869 hizo una entrada fugaz en España para tomar contacto con sus leales, y es también en esas fechas donde conecta con el general Cabrera caudillo del primer conflicto, y conservador de gran prestigio, pero que desgraciadamente para Don Carlos renunció al mando supremo de sus ejércitos.

La segunda guerra carlista está poco estudiada particularmente en su aspecto naval, ya que no hay que olvidar que no presentó a lo largo de su extensión las mismas características militares. Hubo nuevo sitio de Bilbao y se colocaron varias piezas de artillería a uno y otro lado del Nervión para batir a Portugalete en poder del Gobierno, y que después de una gran resistencia y de aguantar más de dos mil disparos de artillería carlista, se rindió a pesar de la intervención de barcos de guerra liberales. Como consecuencias de esta acción salieron mal parado el vapor *Gaditano* y la goleta *Buenaventura*, esta última con el casco seriamente batido y diez hombres fuera de combate. La revancha se la tomaría D. Victoriano Sánchez Barcáiztegui, que al mando de una escuadrilla batió las posiciones carlistas de las Arenas, Portugalete y Santurce.

Se hace necesario recordar que la campaña naval propiamente dicha de esta segunda guerra carlista, con independencia de su planteamiento militar y terrestre se divide en periodos perfectamente definidos. El primero que dura hasta la creación de lo que se llamó Fuerza Naval del Cantábrico y que fue un conjunto táctico que creó el Gobierno de Madrid, exclusivamente para operar contra los carlistas y que había de tener su base en Santoña; y el segundo desde la creación de esta fuerza hasta el final de la guerra. En la primera fase las fuerzas navales del Gobierno pertenecen orgánicamente al Departamento de Ferrol y están bajo las órdenes directas del Comandante de Marina de Santander. En la segunda fase ya tienen dependencia orgánica propia, y ostenta la jefatura el capitán de navío de 1.<sup>a</sup> Clase, D. Victoriano Sánchez Barcáiztegui.

No entraremos en demasiados pormenores operativos de la campaña que rebasaría nuestro ámbito de trabajo. Librada la batalla de Somorrostro, la Infantería de Marina se batió bravamente en el ataque sobre San Pedro de Abtao, sucumbiendo casi heroicamente ante las líneas carlistas, pues prefirió morir a volver la espalda. En este combate ganó la corbata de San Fernando, por la toma de las casas de Murrieta, el segundo batallón del primer regimiento de Infantería de Marina, Cuerpo éste que tiene un lucido papel en la contienda, como tampoco le irá a la zaga la actuación de las Fuerzas Navales que operan en el Cantábrico, cuyo jefe, el ya referido Sánchez Barcáiztegui resultará muerto frente a las costas de Motrico a bordo del vapor *Colón* en mayo de 1875.

Hasta después de la proclamación de D. Alfonso XII como rey constitucional de España, no habría de terminar la última de las guerras carlistas. El esfuerzo de la Marina en las implicaciones conflictivas de toda esta turbulenta época fue notorio, pues tuvo que cubrir varios frentes, algunos de ellos en las últimas y lejanas tierras de ultramar. La conocida insuficiencia de nuestro poder naval, no fue obstáculo para el ejercicio del cumplimiento del deber, en cualquiera de dichos escenarios.





D. Victoriano Sánchez Barcáiztegui. Museo Naval. Madrid.

La actuación de la Marina española durante esta campaña tan penosa, tan difícil, tan oscura desde el punto de vista naval, y tan poco estudiada serenamente, fue, sin embargo, calumniada injustamente: porque la concepción terrestre de esta guerra carlista y la mentalidad de los hombres que la dirigieron, no encajaron los dictados necesariamente impuestos al aspecto naval. Pero lo cierto es que la Marina se portó admirablemente y era la propia guerra la que no daba más de sí. La categoría de los profesionales de la Armada no daba lugar a dudas. Topete y Sánchez Barcáiztegui eran hombres que venían todavía con el olor fresco de la pólvora del Callao, y no se puede dudar en ningún momento del valor de estos hombres a la vista de sus hojas de servicios.

Difícil en verdad debió ser a los generales de D. Carlos plantear sus operaciones en el litoral vasco y levantino, huérfano de todo apoyo naval. Tampoco su artillería de costa era la más adecuada para hacer frente a la División Naval del Cantábrico, que en 1875 llegó a contar con dos fragatas, cinco vapores, siete goletas, un monitor, dos avisos, catorce cañoneros, cinco lanchas, tres faluchos y siete trincaduras. Mandos aguerridos tuvieron como el capitán de fragata D. Anrrich y Santamaría, antiguo gobernador de los territorios de Guinea, ministro de Marina de la Primera República y comandante general de la Marina carlista, tras su espectacular desertión de las filas republicanas. O el teniente de navío D. Rafael Álvarez, ayudante de D. Carlos y entusiasta de la causa tradicionalista. La imposibilidad de combatir a flote en uno y otro marino, les obligará a seguir otro derrotero en la carrera de las armas, pero su lealtad estará por encima de tales contingencias.

Era pues de todo punto imposible por carencia de buques y bases navales y por falta absoluta de personal de la Armada —ha escrito Ricardo de la Guardia— el plantear una organización por parte de aquella fantástica Comandancia General de Marina. ¿Cómo soportar el bloqueo y los ataques de artillería naval, y cómo hacer frente a los desembarcos llevados a cabo en Guetaría y otros puntos para sorprender por retaguardia a las tropas carlistas? Las respuestas a estas interrogantes las contesta la Historia. Carlos VII había sido vencido totalmente por su primero Alfonso XII y hubo de abandonar definitivamente España, el 26 de febrero de 1876. Al traspasar la frontera pronunció una nostálgica promesa que no pudo cumplir. Probablemente un fárrago de recuerdos le dieron la clave de su derrota, cuando rey sin corona, español desterrado y con una vaga esperanza en su corazón, atravesó el Atlántico con rumbo a la América Hispana; en su retorno, tal vez presintiese la pérdida irremediable de nuestras últimas posesiones ultramarinas, debidas también en gran parte a la insuficiencia de nuestro poder naval.